
EDITORIAL

En México tendremos elecciones nacionales generales en el mes de julio del año 2000. Renovaremos mediante el voto libre, secreto y ciudadano al titular del poder ejecutivo y a los miembros del poder legislativo federal. No es un acto menor ni trivial. Significa la expresión política más importante de los mexicanos en el terreno de la conducción del país.

Votar con libertad supone información acerca de los problemas del país, análisis y juicio acerca de sus causas y soluciones, y valoración de quién con cuáles ideas y propuestas es el indicado para ejercer el poder y conducir a la sociedad mexicana a una mejor situación de la que ahora sufre.

Expresar esa voluntad implica la competencia ciudadana, pues según se lee en varios de los trabajos incluidos en esta *Sinéctica* 16 las personas adquirimos lo ciudadano no por naturaleza sino mediante un esfuerzo educativo intencional, consciente y eficaz.

Los libros de texto propuestos y usados en el sistema educativo nacional en el nivel de la educación básica han sido, por ejemplo, un esfuerzo gubernamental permanente por ilustrar a la infancia mexicana en los valores de la ciudadanía. Un reporte de Sarah Corona y un ensayo de Lourdes Jaime incluidos en este número nos explican facetas por demás interesantes acerca de cómo y desde dónde han sido factor de educación cívica, y también por qué han sido limitados o restrictivos.

La acción civil, el ejercicio de participar en la construcción de las condiciones objetivas de vida social, mediante la inclusión en las acciones de la "sociedad civil" son otro ámbito privilegiado para adquirir y desarrollar la competencia ciudadana. Un trabajo de Raúl Leis y una entrevista con él y Abelardo Morales activos intelectuales y ciudadanos de excelencia nos dejan asomarnos a cómo, en Centroamérica, se desarrollan procesos civiles de apreciable fuerza y nos clarifican el papel educativo de la sociedad civil: no sustituir a las fuerzas partidistas o del mercado sino agregarse a la construcción de la civilidad desde la visión y tarea de quienes se asumen como sujetos sociales responsables ante una ética democrática: el país que vivimos ha de ser el país que queremos.

Otros reportes y ensayos complementan el número dedicado a revisar aspectos esenciales de la educación cívica y política, o proceso de hacernos ciudadanos activos, sujetos de nuestra vida social y responsables de las características de la sociedad. Alejandro Mendos inicia en el poder educativo de la ciudad y Luis A. Aguilar nos propone cuatro caminos de educación política. Aguirre y Odriozola nos proponen una alternativa humanista y

Eugenia Rocha repasa críticamente una parte del esfuerzo divulgador del Instituto federal electoral. Carlos E. Orozco nos ofrece sus siempre interesantes cifras y Carlos Nuñez nos informa acerca del proyecto de la Cátedra Paulo Freire, iniciado en el Departamento de Educación y Valores del ITESO, que bajo la inspiración del eminente pedagogo brasileño pretende ser un espacio para gestar y analizar la educación cívica, coherente con los mejores valores universitarios y culturales del país.

Y, este número 16 se viste de gala con la presencia de la visión del mundo de Mito Covarrubias, fotógrafo jalisciense de excepción. Es un honor tener esas evocadoras y educativas imágenes en nuestra páginas.

Queremos contribuir con este número a despertar en maestros y educadores el interés por la formación de ciudadanos. Ustedes, los lectores nos harán el favor de decirnos si lo logramos.

Miguel Bazdresch Parada